



Relato de María

Por Marcelo Remigio Castillo
(cmarcelo42@gmail.com)

Carcajadas inocentes en el parque Yaruquí llamaron la atención de varios transeúntes. Una niña de aproximadamente ocho años jugaba, reía y gritaba de alegría. Eran más o menos las nueve de la mañana.

Ella corría alrededor de la pileta salpicando el agua con sus pequeñas manos, sin importarles que mojara el uniforme escolar. Tenía clavada su mirada sobre una mochila aparentemente de cuadernos, que yacía a pocos metros del centro de su atención.

Consciente de que los niños a esa hora se encuentran en clase (salvo excepciones debido a horarios), me atreví a conversar con ella.

—Hola niña, —le dije con temor a irrumpir en la privacidad de su encantador juego. Se detuvo sorpren-

"Tarde lavo los platos, doy comer a los perros, ambos son de mis hermanos; el cuche come bastante y dejo papa cara de mañana cuando llevo maíz a las gallinas."

—dida, inclinó la cabeza y en claro sometimiento, respondió —buenos días.

—¿Te diviertes? —pregunté.

—Un ratito nomás, estoy jugando, vengo dando comida a mamá Petrona para ir a la escuela —respondió, como si me debía explicación.

Sabiéndome sin autoridad sobre ella, pero atizado por la necesidad de saber qué sucedía con la niña, indagué lo que revelaba su explicación. Se trataba de María, vive en San Vicente y estudia en una escuela.

la local. Mamá Petrona es su abuela; Pedro y María Juana sus padres; Jonathan e Ismael sus hermanos mayores; y tiene familiares en Yaruquí y en Chimborazo.

Sin necesidad de preguntarle, María, impulsada por su consciencia, como si hubiera cometido un pecado al quedarse jugando en el parque, espontáneamente continuó narrando:

–Mamá Petrona vive allá arriba desde que murió taita Juan –dijo, mirando hacia el Coturco.

–Ella se enferma a cada rato, yo le llevo comida de mañana para que tome café, almuerce y, calentando, meriende también.

Se trataba de María, vive en San Vicente y estudia en una escuela local.

A veces baja a comer en el cuarto con nosotros. Mis hermanos van de repente para arriba, yo voy todos los días porque ya soy grande y sé hacer las cosas, como dice mamita –recalcó.

–Mis papás son Pedro y María Juana. Con mamita madrugamos a hacer café, recoger costales, arreglar cajas y arreglarnos, lavar la cara y peinar; después se levanta papito.

Tomando café, ellos corren a cosechar frutilla, vienen de noche; y a veces duermen allá mismo cuidando que no roben.

Con miradas fugaces por doquier dio hilo a la conversación.

–El Jonathan y el Ismael saben dormir bastante, huambros vagos, se parecen al taita, dice mamita; no ayudan nada en la casa –afirmó por su cuenta y continuó.

–Yo, les doy café, les grito para que levanten rápido pero no hacen caso –explicó y enmudeció momentáneamente.

–»Como yo son estos guambros, bien machos», sabe decir papito cuando toma, en juicio también dice así mismo, «por eso no hacen cosas de mujeres» –aseveró.

Yo soy como mamita, todo ayudo –y volvió a hacer silencio.



Mujeres y hombres juntos hacemos la especie humana y la relación dialéctica existente entre géneros es un principio existencial.



–¿Todo? reclamé.

–Claro, ya digo que llevo la comida a mamá Petrona, ahora nomás quedé jugando un ratito –afirmó. Y con un latigazo visual verificó si su mochila estaba en el lugar que había dejado. De pronto se sintió dueña de la palabra.

–El Jonathan, de día, va al trabajo. No acabó la escuela porque no le gusta estudiar. Es hombre, le dan nomás trabajo. El Ismael está en primer curso del colegio, dice que va a ser chofer de camioneta para llevar frutilla al mayorista.

Él sí ha de poder. Las mujeres no manejan carro, solo machonas saben eso –criticó.

Tarde lavo los platos, doy comer a los perros, ambos son de mis hermanas; el cuche come bastante y dejo papa cara de mañana cuando llevo maíz a las gallinas –aseveró.

–La señorita, de mala no deja entrar a clases cuando me atraso, por eso estoy aquí; no sabe las cosas que hago como mujer que soy –agregó ingenuamente.

–¿Y los deberes? pregunté.

–Solita hago –dijo. Y continuó.

–Sé hacer bonito, pero a la señorita no le gusta, peor cuando se doblan o ensucian las hojas. Como hago los deberes en la mesa de comer, se manchan.

A donde el director mandó dos veces. «Cochina, harás limpio y harás firmar a tu mamá», me dijo él. Pero no es mi culpa, mamita llega noche

y no avanza a revisar. «María, pon nomás mi nombre en deber, no sé firmar», dijo ayer también –concluyó.

Juntando la cabeza con sus rodillas y balanceando sus pies que colgaban de la banca en la que nos sentamos, continuó:

–Hago compras, lavo ropa, ellos ensucian mucho en el fútbol. Por eso a veces no voy a la escuela –justificó. Hay que ser huarmi para que marido no pegue cuando case, dice mamita –comentó.

En cuanto quise preguntar algo más encontró la puerta de escape y de un salto agarró con las dos manos su mochila, y en carrera apresurada como si alguien le persiguiera María se perdió en la esquina de la iglesia.

El tendero de en frente sacó la cabeza preocupado por saber qué pasaba con la niña que como un rayo cruzó por su puerta.

Sobre el relato de María valdría la pena reflexionar algunos conceptos que seguramente no solo ella vive en esa felicidad aparente:

–Que el sentido de responsabilidad es de la mujer, ya que el hombre vive a su albedrío.

–Que el derecho al trabajo corresponde primero al hombre. El hombre es dueño por su “capacidad administrativa natural”.

–Que la mujer asume como “derecho” la servidumbre, piensa en casarse para servir y “ser feliz”.

–Que conciencia y reflexión son cualidades femeninas asociadas con la prudencia.

Todo lo cual ratifica el dicho popular “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”. Eso acuñamos juntos, hombres y mujeres, y es necesario erradicarlo juntos como especie humana.

Y es que la perspectiva de género “implica a ambos géneros en el desarrollo, es un esfuerzo por lograr modificaciones en las respectivas especificidades, funciones, responsabilidades, expectativas y oportunidades de varones y mujeres» (Lagarde, 1996, p. 163).

Además promueve el desarrollo y la transformación del ser humano en su esencia, sin categorizar el sexo como un clasificador identitario. Sobre todo, posibilita el reconocimiento y valoración de cualidades y capacidades.

Mujeres y hombres juntos hacemos la especie humana y la relación dialéctica existente entre géneros es un principio existencial. El relato de María nos involucra a todos.

Referencias

Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.